

## CAPÍTULO 1

*Nueva York, marzo de 1879*

—Que no sea muy habladora.

Con la boca fruncida a un lado, Lisa Antonia Hall miró de reojo a su interlocutor mientras sopesaba la solicitud. Los clientes de su establecimiento solían expresar sus preferencias con criterios físicos; así, no era raro que alguien pidiera una morena de cintura de avispa y caderas anchas, o una pelirroja pechugona de tobillos finos. La petición de una acompañante callada se salía un poco de lo común, aunque no sorprendió del todo a la señora Hall. Por obligación evaluaba con rapidez el carácter de sus clientes, y había aprendido a confiar en sus juicios. El hombre que estaba a su lado no parecía tener demasiada paciencia para andarse con formalidades.

Ya se había aflojado la corbata de seda negra, cuyos arrugados extremos colgaban de cualquier modo sobre la nivea blancura de su camisa. Con una de sus grandes manos se frotaba la parte de atrás del cuello, y sus finos dedos masajearon los agarrotados músculos del cogote. El chaqué, desabrochado, dejaba ver un chaleco de satén gris tórtola; su bordado de plata relució cuando el hombre inhaló profundamente y soltó aire despacio. A Lisa le quedó muy claro que intentaba controlar su impaciencia. Sonrió con

gesto de aprobación y luego subió la vista desde el vientre hasta el rostro. Era un rostro interesante; estaba segura de que lo recordaría si lo hubiera visto con anterioridad, aunque la tensión estropeaba sus atractivas facciones. Cierta aire sombrío, que reducía su boca a una delgada línea y marcaba diminutas arrugas en las comisuras, le confería una expresión reñida con semejante belleza varonil. En su mandíbula se apreciaba levemente cómo latía un músculo.

La señora Hall entornó los ojos un segundo mientras observaba el tono de aquella tez bronceada, con destellos dorados y cobrizos. Durante un momento se le ocurrió que quizá tuviera ascendencia india, en cuyo caso tendría que pedir a Samuel que le mostrara la puerta... Pero no fue necesario: decidió que el bronce era obra del sol y del viento, y aquella observación la alivió; además, no creía que Samuel hubiera podido expulsarlo.

Lisa Antonia Hall no se sintió cohibida cuando el cliente le devolvió la mirada sin pestañear con unos ojos oscuros, casi negros, donde no había ni rastro de regocijo. Sus cejas, ligeramente elevadas, le otorgaban un aire de superioridad que tal vez habría intimidado a alguien con menos descaro, pero, sin inmutarse, ella dirigió su mirada hacia el cabello. Era tupido y lustroso, tal vez demasiado largo en la parte de atrás, y resaltaba sobre el cuello blanco de su camisa. La señora Hall estuvo tentada de alargar la mano para apartárselo, pero en lugar de ello se puso a jugar con sus pulseras y alineó los broches mientras decidía qué hacer.

Sus ojos bajaron hasta el maletín de cuero negro que el hombre tenía a los pies, y se preguntó qué contendría. ¿Una muda de ropa? ¿Artículos médicos? ¿Muestras de licor?... Algo le dijo que iba a sentirse enormemente decepcionada si descubría que era un representante de whisky. Cuando lo miró con expresión inquisitiva, le agradó que se limitara a devolverle la mirada sin brindarle ninguna aclaración.

Al fin, sonriendo de forma encantadora, la señora Hall dijo:

—Tengo una chica perfecta para un encuentro tranquilo. Está en el piso de arriba. ¿Confía en mi juicio o desea ser presentado aquí abajo? Si no se ajusta a sus deseos, le buscaré otra.

Con gran agilidad, el hombre recogió el maletín.

—Si no le encanta el sonido de su propia voz, es la que busco —dijo con ironía.

Echó un vistazo a la amplia y alfombrada escalera.

—¿Hacia adónde, una vez arriba?

La señora Hall titubeó. Las pulseras que llevaba en la muñeca izquierda tintinearón cuando alzó un poco la mano, al tiempo que decía:

—A la izquierda. Luego dos puertas más allá a la derecha. Se llama, mmm...

Un dedo se posó en sus labios antes de que acabara la frase. El hombre meneó la cabeza y sonrió por primera vez; aquella sonrisa le transformaba la cara.

—No quiero saberlo —dijo—. No quiero que sea nada personal.

Aunque la dueña del burdel se creía inmune a las caricias masculinas, sintió sobre su boca la huella del dedo mucho después de que él lo retirara. Observó cómo subía la escalera y experimentó una oleada de deseo; el corazón se le aceleró... Y apenas se dio cuenta de hacia adónde se dirigía al llegar al descansillo.

El hombre hizo girar el picaporte de latón y abrió la puerta. Salvo por una lámpara de queroseno que parpadeaba en la mesita de noche, la habitación estaba a oscuras, y la silueta de su imponente figura se recortó a la luz de los quemadores de gas que había en el pasillo, a sus espaldas. Per-

maneció un instante en el umbral y examinó la habitación, dejando que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, hasta que un movimiento en el centro de la cama le llamó la atención: la prostituta se había sentado y lo miraba a su vez, sin decir ni una palabra.

Sólo por eso, ya le gustó.

Entró y dejó el maletín sobre una mesa que había justo a la entrada, mientras cerraba la puerta con la puntera del zapato. A continuación se quitó el frac, lo colgó descuidadamente en la oreja de un sillón y examinó el cuarto; sólo dedicó una mirada somera a la prostituta.

El suelo de tablones estaba cubierto con varias alfombras trenzadas; unas ventanas hasta el suelo daban a un balconcillo con balaustrada de piedra. En la repisa de la chimenea había diversas fotografías y figuritas, ninguna de las cuales merecía ni un instante de atención. La rejilla estaba fría, y por el hogar se esparcían las cenizas; alguien había dejado cerca un cubo con carbón y astillas. Los mecheros de gas, apagados, tenían tulipas de cristal blanco. El papel de la pared era casi tan oscuro como la carpintería, y producía una impresión lúgubre. Al otro lado de la cama había un biombo para vestirse; el hombre se acercó y apartó una hoja, tras la que descubrió un ropero y una tina de baño llena de agua. Metió el dedo; el agua ya no estaba caliente, sino más bien tibia.

—He interrumpido su baño —dijo, volviéndose hacia la cama.

Sin mirarlo, ella se encogió de hombros, y al hacerlo se le resbaló el ancho tirante del camisón de dormir. Lo colocó en su sitio en seguida, pero volvió a caerse y esta vez no lo tocó. Se limitó a inclinar un poco la cabeza de forma que el cabello le cayera hacia adelante, ocultándola. Con una expresión cínica en los ojos, él esbozó una sonrisa.

—Queda anotada en acta su exhibición de pudor. Conmovedora, aunque del todo innecesaria. —Se dio media vuelta de nuevo y señaló la bañera—. Pero no quiero entretenerla: tengo bastante tiempo.

Al no oír ningún movimiento a sus espaldas añadió con más firmeza:

—Vamos. No le hará daño, e incluso puede que la relaje.

La amplia cama crujió cuando ella la cruzó a gatas. Mientras tanto él fue al otro lado de la habitación, se sentó en el sillón de orejas y extendió sus largas piernas. Luego echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, con lo que se perdió la furtiva mirada que la mujer le lanzó por encima del hombro. De todas formas pareció como si la sintiese, porque en tono cansado dijo:

—No voy a ir con usted.

La oyó moverse rápidamente, con ligeras pisadas de pies descalzos sobre la alfombra, y también que tropezaba con el biombo antes de situarse detrás. El hombre alzó los párpados un poco y, entre las espesas pestañas oscuras, observó la sombra de sus movimientos. El camisón colgaba por encima del biombo. Entonces se abrió el ropero, y luego oyó que rebuscaba por los cajones; se preguntó qué estaría buscando, hasta que vio que se detenía a recogerse el cabello en alto. Un instante después, cuando se metió en la tina, sonó el suave chapoteo del agua. Él volvió a cerrar los ojos y deseó no haber bebido tanto.

—Me dijeron que no hablaba mucho —dijo—, pero no esperaba un silencio completo.

No hubo ningún comentario.

—Ya me va bien.

Se desabrochó el chaleco y echó una ojeada al bolsillo del reloj; al darse cuenta de que faltaba poco para la medianoche soltó un suave gruñido. No tenía por costumbre beber antes de la cena ni durante la misma, ni tampoco to-

mar más de un trago después. Aunque sólo intuía lo mal que iba a sentirse por la mañana, reconoció que aún no había perdido del todo la sensibilidad.

Tras el biombo, el agua se agitó de nuevo. El hombre reparó en la toalla que estaba a los pies de la cama; suspirando, se levantó con esfuerzo del sillón de orejas y la cogió. Después rodeó el biombo y la sostuvo en alto ante la prostituta.

—Encantadora —dijo con deje perezoso; su tono de aburrimiento desmentía la palabra.

Con expresión apagada, casi desprovista de interés, paseó los ojos por ella. Las salpicaduras le habían empapado las rizadas puntas del cabello, y unos mechones de pelo se le adherían al cuello y a las sienes. Unas cuantas gotitas se agrupaban sobre sus hombros desnudos, y sus facciones finas y frágiles, envueltas en vaho, parecían brillar. Se apartó un poco para no tapar la luz que llegaba de la lámpara de queroseno y observó que, al hacerlo, ella se hundía un poco más en la bañera. Sobre la oscura superficie que la reflejaba como un espejo sólo se veía la línea de las clavículas.

—No hay motivo para actuar como una tímida doncella en mi presencia. Esto es profesional, no personal. —Hizo una pausa y clavó los ojos en los de ella—. ¿Verdad?

La joven parpadeó, le devolvió la mirada y luego asintió lentamente. Él dejó caer la toalla y ella consiguió cogerla con una mano antes de que tocara el agua.

—Rojo —dijo él.

—¿Mmm?

Con una mueca, ella se llevó la punta de los dedos a la garganta. Luego preguntó: «¿Cómo?»; esta vez sintió en las yemas la vibración de su voz.

—Tiene el pelo rojo. Aquí dentro no hay mucha luz, y no estaba seguro.

Aunque no era un hombre dado a los impulsos, en aquel instante fue precisamente un impulso lo que lo hizo actuar: se agachó junto a la tina. Por un momento pensó que tal vez ella se encogería, pero luego se preguntó cómo se le ocurría siquiera aquella idea; aun así, se sorprendió preguntándole: «¿Puedo?» Ella miró su mano levantada, con las puntas de los dedos a unos centímetros de su oreja, y asintió. Con el dorso de los dedos, él le tocó la mejilla y se detuvo allí un segundo. Luego despegó un mechón de cabello, suave, sedoso y un poco húmedo.

Observó unas ligeras magulladuras en la garganta; frunció el ceño y tocó una con suavidad.

—La han tratado mal esta noche.

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces es buena cosa que yo esté aquí. Veremos qué podemos hacer. —Observó que tenía la piel arrebolada—. Está usted sofocada; salga de la bañera.

Se puso de pie, se dio media vuelta y se alejó; a sus espaldas oyó movimientos apresurados, salpicaduras de agua y el sonido de una toalla que frotaba la piel con rapidez. Se deshizo del chaleco y lo dejó junto a la chaqueta. Cuando la miró de nuevo, ella llevaba puesto el blanco camisón. Él bajó la vista hasta sus pies descalzos y sus bonitos tobillos.

—Más vale que vuelva a la cama: hasta con la alfombra el suelo está frío. ¿Quiere que encienda el fuego?

Ella negó con la cabeza mientras se metía en la cama. Baja y profunda, incluso algo peligrosa, la risa del hombre acompañó el gesto con que se subió el grueso edredón hasta los hombros.

—Da igual —dijo—. Creo que voy a encenderlo.

Ya había decidido que no quería un revolcón rápido bajo la ropa de cama; estaba decidido a pasarlo bien, y eso significaba disfrutar del cuerpo de la prostituta con los ojos,

además de con las manos. Su decisión lo sorprendió vagamente: treinta minutos antes lo único que tenía en mente era un revolcón rápido. Incluso admitió que deseaba volver a oír su voz; su timbre ronco era como un trago de buen whisky, algo digno de saborearse.

Tardó unos minutos en prender el fuego; luego se puso de pie y se limpió las manos en los pantalones. Al ver las rayas de ceniza gris que habían quedado en su negro atuendo de etiqueta, se acercó a la palangana de porcelana que había junto al lecho para lavarse las manos.

—No estaría bien dejar huellas, ¿verdad?

Ella sonrió con timidez.

—Me parece que le vendría bien una copa.

Ella entreabrió los labios en una expresión de sorpresa, y la sonrisa desapareció.

—Sólo con fines medicinales —dijo él dándole ánimos.

Vio su aceptación instantánea en el modo en que relajaba los hombros. Otra rápida ojeada al cuarto lo convenció de que en su examen previo no había pasado por alto el armario de los licores, y se encogió de hombros.

—Menos mal que he venido preparado.

Cruzó la habitación en dirección a su maletín negro, lo abrió y cogió una botella de whisky escocés, llena en sus tres cuartas partes y cómodamente colocada entre pilas de fajos de billetes. Se volvió para enseñársela y preguntó: «¿Vasos?» Ella meneó la cabeza.

—Entonces tendrá que beber de la misma botella.

Cerró el maletín, lo dejó sobre la mesa y llevó la botella a la cama. Se sentó en el borde y se la tendió; al verla titubear, dijo: «Hará que se sienta mejor, se lo prometo.» Podría haber añadido que ya había obrado milagros con él. Ella destapó la botella y la levantó despacio hasta acercársela a los labios. Cuando vio que no bebía en seguida, él apoyó las puntas de los dedos en la base y la

inclinó. La joven dio un trago largo, se detuvo y, entonces, viendo el regocijado desafío que brillaba en los ojos de él, dio otro.

—Así está mejor —dijo el hombre, sonriendo abiertamente al ver que hacía una mueca—. Está claro que no aprecia el buen whisky escocés.

Aunque el licor le alivió la tensión de la garganta, la joven habló en un ronco susurro.

—No bebo mucho.

—Yo tampoco bebo... mucho.

Le ofreció otro trago, que esta vez ella aceptó de buen grado; la observó para descubrir su reacción, y al ver que no se producía, alzó las cejas.

—Parece que le está sentando bien.

Cogió la botella, la puso en la mesita de noche y volvió a tocarle la cara con el dorso de los dedos. Con el pulgar siguió la línea del pómulo.

—Claro que eso es lo que en teoría tiene que hacer. Ya no está tan sofocada.

Seguía estando caliente al tacto, pero el color de su piel estaba adquiriendo un tono rosado. Su rostro era ovalado y los ojos, grandes; incluso demasiado grandes para esas facciones tan delicadas. No era ni mucho menos una belleza clásica, pero era más de lo que esperaba encontrar en ningún burdel de Nueva York, aunque fuese caro como el de la señora Hall. Estuvo a punto de decir lo que pensaba, pero se contuvo; habría sido un cumplido pésimo, un cumplido que ella no habría apreciado.

Sin prisas, deslizó la mano por su mejilla y con el nudillo le rozó la boca; tenía los labios carnosos, y su ligero roce hizo que se entreabrieran. El whisky los había humedecido. Clavados en aquella boca, los ojos del hombre se oscurecieron.

—Enséñeme la lengua —dijo en voz baja.

Ella abrió la boca y sacó tres centímetros de lengua, diciendo: «Aaaaaah.» Él se sorprendió tanto que se echó a reír y apartó la mano de la cara.

—No era precisamente lo que tenía en mente, pero es una lengua muy bonita; muy rosa. Buenos dientes, también. Y además conserva las amígdalas. —Acompañó con un gesto su mandíbula para que la cerrara—. Ya he visto bastante. Decididamente, resulta aconsejable otra copa.

Le dio un buen trago a la botella y por el rabillo del ojo vio que ella esperaba que se la devolviera. No la defraudó y dejó que se la terminara.

—Para ser alguien que no bebe mucho, está usted tomándole bastante gusto al asunto.

Con una sonrisa torcida, algo soñolienta, ella contestó.

—Me parece que me gusta el buen whisky escocés. Como medicina, desde luego.

—Desde luego —asintió él con sorna.

El hombre se acomodó más: subió las piernas sobre el colchón y se recostó en el cabecero de barrotes de nogal; a continuación cogió uno de los cojines y se lo metió bajo la región lumbar. Satisfecho, dijo: «Mucho mejor.» Luego miró a la prostituta con recelo; mientras él se acomodaba, ella se había alejado hasta el extremo opuesto de la cama.

—No tenía por qué moverse. No voy a atacarla, pero mal puedo llegar hasta usted si se queda ahí.

La vio titubear, sopesando sus palabras; al fin pareció entender el sentido de lo que decía y se acercó un poco a él. Ahuecó una almohada de plumón de ganso y se la deslizó a ella detrás de la espalda; al volverse de costado, sus rodillas toparon con las del hombre, y el tirante del camisón volvió a resbalarle sobre el hombro izquierdo. Intentó subírselo, y él se dio cuenta de que sus movimientos eran lentos y torpes, casi inconexos: el licor había surtido efecto rá-

pidamente. No había contado con que tal vez ella hubiera empezado a beber más temprano que él, pero esta posibilidad tomó cuerpo al observarla. «Vaya par que estamos hechos», dijo en voz baja. Ella frunció el ceño y lo miró con expresión de extrañeza, pero no hizo ningún comentario.

El hombre se recostó, dejando al descubierto la fuerte línea de su garganta, y cerró los ojos. Con un suspiro dijo:  
—No recuerdo haber vivido un día tan largo.

Ella miró el reloj dorado que había en la repisa de la chimenea y añadió: «Un nuevo día.»

—Eso supongo. Y empieza de la misma manera.

En la cama con una prostituta... Esbozó una media sonrisa al plantearse el giro de los acontecimientos desde un punto de vista distinto; al menos la de ahora no era alguien de la familia. Debería sentirse agradecido de que así fuera.

—Dios, qué cansado estoy.

—Descanse —dijo ella con suavidad.

Él meneó la cabeza, pero sin abrir los ojos.

—Es una oferta estúpida —dijo—, pero no he venido aquí a eso. Debería ocuparme de usted. Es evidente que estaba esperando.

—No se preocupe —dijo ella haciendo un esfuerzo—. La señora Hall me ha acomodado bien.

El hombre oyó el deje algo pastoso de sus palabras, que evidenciaba el efecto del alcohol. Se preguntó qué entendería por comodidad; aquella habitación era relativamente espartana comparada con otras que había visto.

—Esto no es mucho —comentó.

Ella guardó silencio un segundo y luego dijo con tranquilo convencimiento:

—Mi experiencia me dice que es mejor que las calles. Abrió los ojos y la miró.

—Supongo que sí.

Ella le sostuvo la mirada durante un largo instante antes de apartar la vista.

—Se ha ruborizado otra vez —dijo él.

Posó la mano con delicadeza en su hombro desnudo y con el pulgar le rozó el pulso en la garganta.

—Su corazón late muy de prisa.

Ella asintió con gesto inocente.

—¿Por qué no suelta un poco esa colcha y me deja echar un vistazo?

Ella titubeó, y entonces, con la base de la mano, él tiró un poco de la manta hacia abajo.

—¿Cómo voy a examinarla si no la veo?

Dio la impresión de que ella lo pensaba, y él añadió:

—Supongo que tendrá ciertas expectativas.

—No muchas.

Lo dijo de una forma tan flemática que él soltó una estruendosa carcajada.

—¡Pues sí que la han tratado mal! Eso no dice mucho de los hombres como yo.

Sin admitir discusión, echó el edredón a un lado. Sus dedos recorrieron el pronunciado escote de su camión y se posaron en el botón superior; alzó las cejas en una pregunta muda, y entonces ella puso una mano sobre la suya y meneó la cabeza.

—Lo haré yo.

La entrecortada ronquera de su voz lo fascinaba, y dejó que lo inundara aquel sonido mientras observaba sus dedos jugueteando con el botón de arriba.

—No es usted muy habladora.

Ella no lo miraba; estaba completamente concentrada en el botón.

—No —respondió en voz baja—. No lo soy.

—Otro —dijo él.

Ella le echó una rápida mirada con sus ojos sombreados por tupidas pestañas. Él señaló su mano.

—Otro botón, por favor.

Aunque con dedos torpes, se las arregló para deslizar el botón por el ojal. Al dejar caer las manos, el escote del camión se entreabrió, revelando la curva de sus pechos. Él pensó que la piel parecía muy lisa y suave; con el dorso de los dedos le rozó el seno y comentó:

—El rubor le empieza más o menos aquí.

Ella no dijo nada, y se limitó a observar la mano. Los latidos de su corazón le golpearon la punta de los dedos, y él sonrió.

—A su corazón no le pasa nada.

Tomó el seno por debajo y le pareció que era el latido más que la carne lo que le llenaba la palma. Desabrochó otro botón.

—Acérquese —ordenó.

Ella no se movió, y entonces le rodeó las costillas con las manos para atraerla más cerca. El otro tirante del camión resbaló. Dondequiera que la tocaba sentía el golpeteo de su corazón. Le puso una mano en la espalda, cerca del omóplato, y sintió su respiración leve y superficial; se inclinó hacia adelante, de forma que su boca quedara cerca de la oreja de ella.

—Inspire hondo —dijo—. Así. Contenga la respiración. Le frotó la espalda con la mano.

—Ahora suelte el aire despacio.

El corazón se calmó, y la respiración se hizo más lenta.

—Mejor —añadió el hombre—. Por un momento creí que iba a desmayarse.

—Yo también —dijo ella en tono grave—. Estoy un poco mareada.

Él la soltó.

—¿Por qué no se echa?

Sin vacilar, contestó: «De acuerdo.» Cambió de posición en la cama y se puso la almohada bajo la cabeza; después empezó a cerrarse el camisón, pero él la detuvo. Salvo por las curvas de la parte superior de sus senos, que asomaban por el escote, seguía pudorosamente tapada. Con todo, la vislumbre de su piel resultaba tentadora; el hombre sopesó la idea de apartar la tela y tomar aquel pezón con la boca.

—No tengo mucha paciencia —dijo, al tiempo que volvía a tocarle la mejilla.

Ella lo miró con atención; sus oscuros ojos verdes le escudriñaron la cara. Luego sonrió, de una manera al mismo tiempo cordial y provocativa.

—A mí me parece que está haciéndolo bien —dijo.

Tal vez fuera la mujer más ingenuamente provocativa que había conocido, y se sorprendió de nuevo al encontrarse no sólo disfrutando de la situación, sino saboreándola.

—Vaya, gracias —repuso—. Es muy amable al animarme.

La sonrisa de ella se acentuó y sus pestañas descendieron, soñolientas.

—Yo espero hacerlo igual de bien algún día.

—¿Así que reconoce que tiene algo que aprender?

Un brusco bostezo interrumpió el breve y decidido gesto afirmativo que ella dio por respuesta. Luego se desesperó un poco y deslizó un brazo bajo la almohada mientras se volvía de costado. El hombre no pudo evitar darse cuenta de que aquel movimiento había destapado un seno; el pezón estaba enhiesto, con la punta color coral como un duro botón. Ante su sorpresa, se sintió como un escolar frente a su primera postal subida de tono.

—¿De modo que está dispuesta a aprender una o dos cosas de mí?

—Me encantaría.

De nuevo su total sinceridad lo hizo soltar una risilla.  
—No deja usted de sorprenderme —dijo—. No me lo esperaba cuando llegué aquí esta noche.

Ella se acurrucó más en la almohada.

—Mmm.

Alzó una ceja y preguntó: «¿Va a quedarse dormida?»; por toda respuesta obtuvo un movimiento de cabeza, lánguido y poco alentador. ¡Cómo se arrepentía de haber compartido el licor con ella! Con un ágil movimiento se levantó de la cama y empezó a despojarse de la ropa. Su inmaculada camisa blanca fue a reunirse con la chaqueta y el chaleco en el sillón de orejas. A continuación empujó los zapatos cerca del hogar de la chimenea, lanzó las medias junto a ellos y, de cualquier modo, tiró los pantalones y los calzones sobre el brazo del sillón. Pero a pesar de su premura, cuando llegó a la cama se dio cuenta de que no había ido lo bastante rápido: su dama de noche estaba tan poco excitada como excitado estaba él... Y ya se había cansado de tomárselo con filosofía. Lo recordaría la próxima vez que pidiera una prostituta que no hablase mucho; por lo visto, tampoco estaba dispuesta a usar la boca para nada más.

Levantó el edredón y la sábana y se deslizó junto a ella; después le dio media vuelta para ponerla mirando hacia el otro lado, de modo que su lustrosa espalda y su trasero encajaran contra su pecho y sus genitales. Con la mano buscó la abertura del camisón y apoyó la palma en el valle de sus senos. Recostó la barbilla cerca de la coronilla de ella y la húmeda fragancia de su cabello agitó sus sentidos...

Luego se durmió.

Cuando despertó, ella estaba encima de él, por todas partes. Las horquillas de su pelo habían desaparecido, y la lar-

ga catarata de cabello rojo oscuro se le derramaba sobre el hombro y el pecho. Su boca lo saboreaba justo por encima de la tetilla; el húmedo borde de su lengua le lamía la piel, entre dulce y salada. Inspiró de forma entrecortada cuando una de sus manos bajó deslizándose por el abdomen. Más abajo; más abajo aún... Hasta rodear su erección. Gruñó, y la mano se detuvo. Entonces puso los dedos sobre los de ella y animó su exploración, sus caricias... Pronto dejaron de ser suficientes.

Las piernas de ella se le enredaron en las suyas, y giró hasta dejarla boca arriba. Con la rodilla le separó los muslos. Sintió la vibración de su gemido en la piel, y luego toda la forma de sus labios; su boca lo besaba, firme y hambrienta. La punta de su lengua lo provocaba. Se movía inquieta, buscando, tensándose. Sintió el contorno de sus pechos, el exquisito y suave roce de sus pezones en la piel al apretar su cuerpo junto a él. Una de las manos se deslizó hasta su codo, y sus dedos se le hundieron en los tupidos y oscuros mechones de la nuca. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral cuando una uña se curvó levemente siguiendo el perfil de su oreja. Alzó la cabeza y vio la ligera sombra de su sonrisa, los soñolientos ojos verdes de gato, y reconoció el reflejo de su propio deseo.

Ella se arqueó, volviendo la cabeza en el preciso instante en que la boca de él iba a fundirse con la suya. Los labios de él le rozaron la mejilla, dibujaron la línea de la mandíbula y por último la curva del cuello. Las femeninas manos le acariciaron la espalda y reconocieron la cordillera de sus recios músculos mientras él se movía encima. La piel se le contraía de anticipación ante sus caricias. Quería que sus manos estuvieran por todas partes, que hicieran de todo, y así se lo dijo, susurrando en su oído con una voz tan ansiosa que apenas la reconoció como suya. Las palmas de aquellas manos se deslizaron por sus hombros, bajaron por sus

brazos, pasaron sobre sus costillas y rodearon la zona lumbar hasta detenerse un momento en la base de la columna, provocándolo con unas caricias cuyas sensaciones le llegaban hasta los dedos de los pies. Ella se aferró a sus nalgas y se apretó fuertemente contra su ansia, dura como una piedra. Se movió, trabajándolo, y le mandó el mismo mensaje con la boca: su lengua envolvía la suya, empujaba, exploraba...

No sabía si alguna vez alguien lo había deseado como lo deseaba aquella mujer... y entonces recordó que le pagaba. Era una prostituta. De pronto, inesperadamente, deseó que fuera distinto.

Se movió para separarse de ella, reacomodando la postura, y sonrió al ver que lo buscaba a ciegas. Le apartó la mano mientras se arrodillaba entre sus piernas; luego le empujó hacia atrás las rodillas, que tenía alzadas, y le levantó las nalgas. Cuando ella extendió la mano para tocarlo otra vez, se hundió en su interior. Ella dio un grito, y al oírlo, él deseó otra cosa: deseó oír su nombre, y no sólo un grito salvaje, animal. Se retiró y empujó de nuevo. Estaba tensa y caliente; lo rodeó y lo retuvo. Le buscó los antebrazos, se aferró a él, pasó las palmas de las manos por sus músculos. Se arqueó. Él se hundió en su interior, y las uñas de ella le dejaron marcas en la piel. La apretó fuerte, hundiendo los dedos en su carne. Sintió que aceptaba su ritmo, la fuerza de sus impulsos, y supo que estaba atrapada en la misma espiral de pasión que él. Observó su cabeza moverse de un lado a otro, su boca entreabierta, su garganta desnuda... Tenía los pechos arbolados, y el brillo de la transpiración hacía que su piel reluciera a la luz de la lámpara.

La voz de ella se entrecortaba al aspirar el aire, y su propia respiración sonaba áspera. Sentía la tensión como una llama ardiente que lo lamía justo bajo la superficie de la piel. Sus músculos estaban tensos, y el deseo lo conducía

dentro de ella una y otra vez. Al final lo venció un placer feroz y egoísta. En el clímax se tensó contra ella, y después la tensión se abrió, se disolvió. Al fin se derramó en su interior, incapaz de contener su quejido al derrumbarse sobre ella.

Casi al instante se quedó dormido.

Como si de un rosario se tratara, Lisa Antonia Hall manoseó la sarta de perlas que llevaba al cuello.

—No sabía que iba a tardar tanto en llegar —le dijo el hombre que tenía delante—. ¿De qué sirve contratarlo con un adelanto si no puedo contar con usted?

Morrison James soltó el maletín negro de cuero en la alfombra y se zafó del abrigo. Lo colgó sobre el respaldo de la butaca que había en los aposentos privados de la señora Hall y se frotó la nuca con gesto de cansancio. Su tupido cabello negro, abundantemente salpicado de plata en las sienes, estaba despeinado en ciertas partes y aplastado en otras. En su mejilla aún se veía la marca de la arruga de una almohada, y tenía la cara rubicunda de sueño. Llevaba los lentes un poco torcidos en el caballete de la nariz.

—Un adelanto es lo que se le paga al abogado, Lisa —aclaró—. Y «soborno», lo que se les paga a los polis. No recuerdo cuándo fue la última vez que me pagó usted mis servicios.

Ella dejó de jugar con las perlas y le dio unos golpecitos en el pecho con el dedo índice; su sonrisa era de algodón de azúcar.

—Eso es porque usted se lo cobra en especie.

El médico le apartó la mano con suavidad y se alisó la pechera del camión de dormir, que llevaba mal remetido en los pantalones. Se enderezó los tirantes antes de meter las manos en los bolsillos y luego se meció sobre los pies.

—Dé gracias de que sea así; de lo contrario haría que me pagara un ojo de la cara.

Como solía mantener a una de sus chicas de tarifa más alta ocupada la mayor parte de la noche, la señora Hall seguía pensando que su precio era demasiado alto... Pero no era fácil encontrar buena atención médica, de modo que, por lo general, se tomaba con filosofía el asunto del trueque.

—Bueno, esta noche puede elegir.

—¿Una noche aburrida?

—Para la mayoría de las chicas, aunque no para mí. He estado hasta el cuello de trabajo.

Él no tenía ganas de escuchar la historia. Bostezó y se ajustó las gafas.

—¿Por qué ha mandado a buscarme a casa? —preguntó—. No será Beth otra vez, ¿no?

Ella agitó la mano con impaciencia y sus pulseras tintinearón.

—No, no es Beth; de hecho, no es ninguna de mis chicas, aunque, ya que ha venido, podría echarle un vistazo a Jane. Me parece que tiene algo.

—Lisa... —pronunció su nombre con un tono aburrido; sus ojos se posaron en el frasco de whisky que había sobre el aparador—. ¿Puedo?

—Sírvase usted mismo.

Morrison se sirvió una copa, se la bebió de un trago y se puso otra. Después se apoyó en el aparador y empezó a darle vueltas al vaso entre las palmas de las manos.

—Es bastante más de medianoche, Lisa, y acababa de meterme en la cama cuando su hombre llegó a buscarme.

Ella frunció el entrecejo.

—Lo envié hace horas.

—Estaba operando en el hospital, y no me encontré.

—Dio un sorbo a su bebida—. Yo también he tenido una noche muy ajetreada, así que, ¿qué desea?

Lisa se dejó caer en una mullida butaca.

—¿Ha oído hablar de Harlan Porter?

—¿El chulo?

Ella asintió: «El mismo.» A su pesar, Morrison sintió interés; en la docena de años que llevaba acudiendo al establecimiento de la señora Hall, no recordaba haberse aburrido nunca. Dio un suspiro; estaba claro que aquella noche no lo habían llamado para una urgencia. Necesitara lo que necesitase, la dueña contrataba también su discreción. Entre resignado y curioso, dijo:

—Más vale que me lo cuente todo.

Ella sonrió con gesto cordial.

—Claro que sí.

Él sintió que se henchía y se endurecía. El cuerpo de ella estaba arqueado contra el suyo. Con el brazo la tenía ceñida por la cintura, y su palma le rodeaba la parte inferior del seno. Entonces penetró con cuidado en ella, que lo empujó y acogió su entrada. Su trasero le daba en los genitales, y él hundió la boca en su cuello, en su pelo. Saboreó su piel y dejó que lo invadiera la fragancia de su carne. Sus pechos le llenaron las manos. Sus muslos eran cálidos. Ella volvió la cabeza y buscó sus besos. Su boca estaba caliente. Su fuego ardía desde el interior.

—Así —susurró él con ronca urgencia—. Muévete conmigo.

Cuando lo hizo, él se sintió como si fuera el dueño de aquel fuego.

—Dios, eres dulce..., qué dulce...

Ella estaba tomándolo entero, y aquella sensación resultaba casi insoportablemente intensa; el placer recorría la frontera del dolor. Le deslizó la mano entre los muslos y sus dedos exploraron. Acarició, provocó... Oyó que la so-

ñolienta cadencia de la respiración cedía ante algo más rápido, más agitado. Sin saber apenas qué palabras pronunciaba, la animó, conteniéndose hasta que sintió el ascenso del placer en ella.

—Por favor... —dijo la joven.

Sólo eso: sólo «por favor», pero lo dijo una y otra vez.

Cuando se estremeció y se derritió contra él, ya no hubo motivo para reservarse nada. Entonces le devolvió el calor y el fuego, y compartió la fuerza de su pasión. Luego, cuando llegaron al límite, ella se dio media vuelta entre sus brazos y no tardó en quedarse dormida.

La lámpara de queroseno era un simple hilo de luz que le marcaba el perfil. Contempló su rostro, las delicadas facciones que no eran hermosas en sentido estricto pero que, sin embargo, llamaban la atención; aquellos mechones de cabello rojo veteados de cobre y de oro; aquel cutis suave que absorbía el velo de luz de la lámpara... Se admiró de estar tomándose la molestia de observarla, de parecer decidido a construirse un recuerdo, cuando al principio sólo pensaba usarla para olvidar.

Se dijo que debía marcharse: no tenía previsto pasar la noche en el burdel... Pero ella estaba aferrada a él, casi cosida a su cuerpo, y en aquel momento la idea de apartarla no le apetecía. Antes del amanecer le dejaría una suma generosa y saldría a hurtadillas. A los treinta años, no le hacía gracia colarse en casa de su padre de madrugada, y de esa forma se reuniría con todos para desayunar.

Se quedó dormido con una cínica sonrisa en los labios, mientras se preguntaba qué pensarían al verlo llegar con el periódico de la mañana y vestido de etiqueta.

—Y entonces, ¿qué ocurrió con Harlan? —preguntó el doctor James cuando Lisa finalizó la historia.

—Beth lo echó, amenazándolo con una escoba.

—Bien por Beth —dijo él en tono aprobador—. ¿Y la muchacha?

—Está arriba. La puse en una habitación del vestíbulo, frente a la de Beth. Desde luego, apenas podía hablar, aunque no sé decir si por culpa del susto, de una enfermedad o del daño que le hizo Harlan. Por eso envié a Huggins a buscarlo. Al tocarla sentí que estaba caliente, y supuse que un poco de láudano no le vendría mal.

—¿Cuánto?

Ella se encogió de hombros.

—La cantidad de costumbre, calculo. Ya sabe que no lo mido.

—Lo que sé es que, por lo general, se le va la mano al ponerlo.

—Al menos tuve la precaución de sacar el licor de la habitación —soltó una risilla—. ¿Recuerda los ojos de loca que se le pusieron a Beth cuando los mezcló?

—Recuerdo que se quejó de dolor de cabeza durante tres días.

El médico dejó el vaso.

—Creo que será mejor que vea ya a su «pobre huerfanita» —dijo—. ¿Desea quizá conservarla para la casa?

—Me gustaría, pero no creo que a ella le interese: podría habérselo montado bastante bien quedándose con Harlan, y dejó más que claro que no quería nada con él. —Meneó la cabeza y manoseó sus perlas de nuevo—. Mucho me temo que haya vagado por esas calles por error.

—Así que por fin llega al meollo de la cuestión —dijo él despacio—. Le inquieta que meterla aquí vaya a tener repercusiones.

—Justo. Pero la mala conciencia no me habría dejado vivir si llego a dejarla en la calle.

Él asintió con la cabeza.

—Ya sabe que no ha de preocuparse porque yo vaya a decir nada sobre esta noche..., a nadie. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. De todos modos, puede que esa muchacha no sea nadie.

Lisa alzó la mirada hacia él y sonrió nerviosa.

—No sabe cuánto deseo que sea así.

Morrison James recogió su maletín.

—¿Dice que la ha puesto en el cuarto de Beth?

—No, enfrente.

Hizo una pausa y observó que él fruncía el entrecejo al ver que intentaba situar el dormitorio.

—Una vez subida la escalera, gire... —se detuvo y miró las pulseras de su muñeca izquierda—, gire a la izquierda.

La dueña del burdel sonrió con una mueca de autocrítica.

—Sinceramente, a mi edad ya sería hora de distinguir la derecha de la izquierda... A la izquierda en el descansillo —repitió—, y luego la segunda puerta de la derecha.

Pero, poco a poco, su sonrisa se esfumó. Por un instante sus ojos mostraron una expresión pensativa que luego se transformó en inquieta y, finalmente, en angustiada. De pronto se levantó y se agarró el collar, al no poder agarrarse el corazón.

—¿Qué ocurre? —preguntó el médico—. Lisa, ¿qué pasa? Parece que vaya a darle un ataque.

—¡Me parece que le he indicado a ese hombre el cuarto que no era!

—¿A quién?

—Tenía intención de que fuera con Megan...

Sus ojos recorrieron el aposento como un rayo mientras se planteaba las posibles consecuencias de su error.

—Ay, Dios, ¿y si...?

—Pero ¿quién? —volvió a preguntar Morrison James—. Lisa, en serio, debe explicarse si de verdad pretende que la ayude.

La señora Hall se dirigió a la puerta, segura de que él la seguiría. Hizo girar el picaporte y salió al pasillo; sin dilación se encaminó a la escalera de atrás, el acceso privado que conducía al primer piso.

—No sé cómo se llama, aunque no es que eso importe mucho —dijo mientras apresuraba el paso—. Creo que ha estado aquí antes, pero yo no había tratado con él... Era un hombre muy frío. Hasta me planteé si aceptarlo o no.

Se levantó las faldas y subió los escalones de prisa; sólo se detuvo un instante para recuperar el aliento antes de irrumpir en el vestíbulo.

—Debería haberlo acompañado a la habitación —prosiguió, apurada—. ¿Y si ha encontrado a la muchacha y...?

No pudo terminar la frase; miró a su viejo amigo con un gesto de impotencia.

—¿Y si hay problemas?

Morrison James puso la mano en el hombro de la *madame*, haciendo que se detuviese en seco.

—Escúcheme, Lisa: está exaltándose sin motivo real. Tal vez no se equivocó al darle la dirección; a lo mejor ese hombre ha encontrado a Megan. Y si ha ocurrido lo peor, ¿hasta dónde llega el problema? Es muy posible que esa muchacha no tenga a nadie que salga a defenderla en el caso de que el incidente se haga público. Usted ha capeado temporales peores que éste.

La señora Hall se zafó de la mano del médico y llamó con fuerza a la puerta de Megan.

—Tengo un presentimiento —dijo—. Y es de una clase que he aprendido que hay que escuchar.

Retrocedió al abrirse la puerta, por la que asomó una joven rubia de alborotado pelo color miel, con una sonrisa soñolienta y malhumorada.

—¿Está contigo? —preguntó Lisa.

Tenía que saber lo peor antes de entrar en el otro cuarto; debía estar preparada. Megan parpadeó, sorprendida.

—Conmigo no hay nadie.

Su redonda cara se plegó en un cómico mohín al intentar sofocar un bostezo; cuando se rindió, la mandíbula le crujió.

—Perdonen, pero mi último cliente me ha puesto a prueba.

—¿Un hombre alto? —preguntó Lisa—. ¿Con el pelo oscuro y los ojos negros?

Megan negó con la cabeza al tiempo que se apoyaba en la jamba de la puerta.

—¿No se acuerda? Usted me mandó a Billy Davis.

Morrison James se llevó la mano a la frente y se frotó la sien.

—¿Han tenido aquí esta noche a la mano derecha del alcalde? —preguntó—. ¿El mismo Billy Davis que amenaza con cerrar todos los burdeles de la ciudad?

Las dos mujeres se quedaron mirándolo como si no entendieran su sorpresa.

—Un hombre de necesidades tan especiales tiene que ir a algún sitio —dijo Lisa en tono filosófico; luego se dirigió a Megan—: Estuvo aquí hace horas, bastante antes de medianoche. ¿No has tenido a nadie más?

—No.

A la dueña del burdel se le cayó el corazón a los pies; aun así tuvo la suficiente presencia de ánimo como para mostrar interés por una de sus chicas preferidas.

—Billy no te habrá hecho daño, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—No más de lo normal. Nada que no pueda manejar. La señora Hall frunció el ceño.

—El doctor Morrison te verá tan pronto como haya acabado con nuestra inesperada huésped.

—¿Se refiere a la víctima de Harlan?

La *madame* asintió.

—Vamos, Morrison, ya podemos ir allá. Creo que mis peores temores se han confirmado.

—Venga, Lisa —dijo él tratando de tranquilizarla—. No sabe si...

Se interrumpió cuando ella le lanzó una mirada de advertencia. Se apresuraron a recorrer el vestíbulo y esta vez, al llegar a la puerta, la señora Hall no se molestó en llamar: hizo girar el picaporte y entró en el cuarto. Morrison pasó detrás, mientras Megan se quedaba rondando por el umbral.

La habitación estaba demasiado oscura como para que se distinguiera nada a primera vista, aunque la luz de gas que llegaba del pasillo ayudaba un poco; fue el único motivo por el que Lisa no dejó fuera a Megan. La *madame* avanzó con decisión hacia la cama y empezó a tirar del arrugado montón de mantas y a arrojarlas al suelo, hasta que descubrió una despeñada cabeza de pelo negro. A modo de despertador, preguntó: «¿Dónde está la muchacha?» Entonces el hombre abrió un ojo y gruñó. Sentía punzadas en la cabeza. Cerró el ojo para ver si así mejoraba, pero no funcionó; una voz estridente no dejaba de repetir: «¿Dónde está la muchacha? ¿Dónde está? ¿Dónde está?...»

Morrison James señaló la botella vacía de whisky escocés tirada en el suelo.

—Creía que había sacado el licor.

—Y lo hice —se defendió Lisa.

Siguió la línea del dedo del médico.

—Sí que lo hice —repitió, y recogió la botella—. Debe de haberla traído él.

La sostuvo encima del hombre que estaba en la cama y la agitó con gesto amenazador.

—¿Le ha dado de esto?

«¿De esto? ¿De esto?...» El hombre ya no sabía si le repetirían las preguntas u oía ecos. Volvió a abrir un ojo y se las arregló para agarrar la sábana que estaban a punto de arrancarle de la desnuda espalda. En tono glacial preguntó: «¿Le importa?» Entonces Lisa soltó la sábana y dejó también la botella.

—¿Qué le ha ocurrido a la muchacha?

El hombre supuso que la pregunta iba dirigida a él, aunque era difícil decirlo; por un lado la dueña del burdel no dejaba la vista quieta ni un segundo y miraba a su alrededor sin cesar, y por otro, había más público. Se sentó despacio, tirando de la sábana para cubrirse el regazo, y se apoyó en el cabecero de la cama. Entonces dirigió un legañoso vistazo al reloj que había en la repisa de la chimenea; parecían ser casi las tres y media. Se frotó los ojos con el pulgar y el índice, y en tono cansado preguntó:

—¿Qué es lo que desea saber?

—La muchacha que estaba aquí dentro, ¿qué ha sido de ella?

El hombre dejó de frotar y saludó a la *madame* con una cáustica ojeada.

—¿Cómo voy a saberlo? —Levantó una esquina de la sábana e hizo ademán de buscar debajo—. No, no está aquí. ¿Ha mirado en el retrete? ¿Y en la cocina? ¿Y si está en otro cuarto? Seguro que no soy el único a quien ha procurado diversión esta noche.

Lisa buscó en el cajón de la mesita de noche y encontró una cerilla; la rascó, encendió la lámpara de queroseno y subió la mecha para que diera más llama. Después volvió a poner en su sitio la tulipa de cristal, alzó la lámpara y señaló la mancha oscura que él había dejado al descubierto al bajar otra vez la sábana.

—La señorita con la que ha estado esta noche no procura diversión a nadie más —dijo en un tono helado que

hacía perfecto juego con el que había empleado él—. Más aún: jamás ha procurado diversión a nadie. ¡Y además, no es probable que se haya divertido mucho con usted!

Sus palabras fueron tan eficaces como una ducha fría o una cafetera de café negro; el hombre se despertó por completo. Entonces clavó los ojos en la sangre seca que manchaba la sábana y se sintió palidecer.

—¿Qué diablos pasa aquí? —preguntó.

Salió con esfuerzo de la cama, arrastrando la sábana de arriba consigo y ciñendosela; a continuación lanzó una mirada asesina a la *madame*, al hombre que estaba al pie de la cama y, por último, a la mujer de la entrada.

—¡Yo no pedí una maldita virgen!

—Ay, guapo, lo creo —dijo Megan—. Y si hubiera ido a la habitación correcta, no habría tenido una.

—¿A la habitación correcta? ¿Qué quiere decir? —Sus cejas se unieron al mirar a Lisa con el ceño fruncido—. ¿Qué es lo que quiere decir? Usted me dijo que éste era el cuarto: a la izquierda al llegar arriba, y luego la segunda puerta a la derecha.

Los dedos de Lisa trasteaban nerviosos las perlas. Se sentó pesadamente en la cama.

—¡Esto es espantoso! ¡Horrible! ¿Tiene usted idea de lo que ha hecho?

El hombre alzó sus oscuras cejas.

—¿Que si tengo idea de lo que he hecho? —Hizo una pausa y su labio superior esbozó una mueca cínica, mientras su mirada se mantenía glacial—. Si se trata de un timo, se ha equivocado de hombre. Yo no pedí iniciar a una de sus chicas, y no voy a pagar sólo porque no haya sido como ella esperaba.

Morrison puso el maletín en la cama y defendió a Lisa.

—Nadie intenta sacarle dinero: ha habido un error, eso es todo. Megan, mira en el ropero; tal vez no se haya marchado.

La joven hizo lo que le pedían, y los ojos de Morrison se posaron en la botella de whisky.

—Soy el doctor James. La señora Hall me ha pedido que venga a ver a la muchacha con quien ha estado usted; no se encontraba..., no se encontraba bien. Pero no ha respondido a la pregunta de Lisa. ¿Bebió la muchacha algo de esto?

—Casi todo.

El suave gruñido de Lisa quedó sofocado por el anuncio de Megan de que el ropero estaba vacío.

Entonces el hombre pasó al ataque y preguntó: «¿Qué ocurre aquí?» Sus ojos repararon en el maletín del médico y en ese instante recordó su propio maletín de cuero negro. Miró a su alrededor buscándolo, en primer lugar sobre la mesa que había justo a la entrada, y al ver que no estaba allí, escudriñó otras partes del cuarto.

—¿Dónde está? —preguntó; al ver que los otros se limitaban a mirarlo sin comprender, repitió la pregunta con más aspereza—. Yo tenía un maletín casi idéntico al del doctor. ¿Qué diablos han hecho ustedes con él?

—Yo no lo he tocado —respondió la señora Hall—. Ninguno de nosotros lo ha tocado.

—¿Qué le han dicho a la chica que haga con él?

—Se equivoca —repuso Morrison—. Si el maletín ha desaparecido, Lisa no ha tenido nada que ver con el asunto. Ésta es una casa respetable.

—Pero si es un burdel...

—Pero decente —dijo Megan, ofendida por la prepotencia de aquel extraño.

—Encuentren mi maletín y me disculparé —dijo él con mordaz sarcasmo.

Indiferente al pudor, dejó caer la sábana y empezó a ponerse los calzones y los pantalones.

Megan dio un suspiro.

—Ojalá hubiera dado con la habitación correcta...

El hombre se limitó a gruñir, impasible ante su adulación. Luego se puso la camisa de etiqueta y se remeti6 los faldones; con un chasquido, coloc6 los tirantes en su sitio. A continuación, sentado en el sill6n de orejas, se puso las medias y los zapatos. Morrison James no perdía detalle del corte y el estilo de aquella ropa, que indicaban que era cara. Quizá se pudiera razonar con él.

—Mire, no es lo que usted piensa. Y aunque así fuera, no querrá que su nombre salga en los periódicos, ¿no? Sea razonable y deje que nosotros nos encarguemos del asunto.

El hombre se detuvo en mitad de la tarea de ajustarse los gemelos y le clavó al médico el filo de su seria y penetrante mirada.

—De modo que es eso, ¿eh? Las prostitutas roban a los clientes, y ustedes cuentan con que estemos demasiado asustados o avergonzados como para denunciarlo.

Terminó con los gemelos y se alisó la inmaculada manga sobre el antebrazo; luego la encajó en la muñeca y preguntó:

—¿Doy la impresión de tener miedo? ¿De estar avergonzado? —Ninguna de estas preguntas obtuvo respuesta; en cambio, observó que su público parecía bastante inc6modo—. Su prostituta, y comprenderán que dude que fuera la chica inocente que fingía ser, era sorprendentemente buena, pero no valía mil doscientos dólares.

Con un chasquido, el collar de la señora Hall se rompió, y las perlas cayeron al suelo. Morrison James se sentó de golpe en la cama. En cuanto a Megan, se limitó a abrir la boca.

—No deberían ustedes trabajar aquí —les dijo el hombre—. Ahora mismo en el Teatro Wallack dan una obra que se beneficiaría de su talento artístico.

Se puso el frac, se pasó la mano por el pelo y giró sobre sus talones. Al llegar a la puerta se detuvo.

—Me da lo mismo si encuentran o no a la chica, pero más vale que encuentren mi maletín.

La señora Hall hizo un esfuerzo por tranquilizarse cuando él ya salía al pasillo.

—¡Espere! No sé cómo dar con usted.

—Yo sí sé cómo encontrarla a usted.

—Pero su nombre... Sería... Es...

La leve sonrisa del hombre tenía algo de peligrosa.

—Holiday. Connor Holiday.

Le agradó ver que aquello causaba impresión. Cuando cerraba la puerta, oyó que el médico decía con un suspiro: «Esta vez, Lisa, se ha metido en un buen lío.»